

Terapeia teatral. Las prácticas teatrales y su aplicación en acompañamientos terapéuticos

Compiladores: Gabriel Yépez e Ireli Vázquez
México: CITRU, Libros de Godot, 2013, 205 págs.

Rosalinda Esther Ulloa Montejo

En México, desde hace aproximadamente 30 años hemos tenido la presencia de profesionales en psicodrama. No obstante, el campo del teatro como herramienta terapéutica sigue siendo tierra virgen; sus frutos son pocos y sus registros casi nulos. Los investigadores Gabriel Yépez e Ireli Vázquez recopilan en el libro *Terapeia teatral. Las prácticas teatrales y su aplicación en acompañamientos terapéuticos* una serie de charlas que formaron parte del Ciclo Terapeia Teatral, realizado en el CITRU en marzo de 2011, con el objetivo de despertar el interés por el tema en los profesionales del teatro y en los profesionales de la salud mental. Este libro es un documento de gran valor por las reflexiones inéditas que ofrece acerca del trabajo terapéutico basado en experiencias teatrales, y sin duda en sus páginas encontrarán un fuerte aliento los profesionales de la salud mental que se interesan por las técnicas derivadas del arte como herramientas de trabajo cotidiano. De igual manera, los artistas que van buscando que su oficio no sólo transcurre en las tablas, salas de concierto o galerías, sino que buscan otros derroteros que los acerquen, en palabras de Vázquez, a “restituir el valor social y humano del teatro” (21), se beneficiarán de su lectura.

Yépez y Vázquez han compilado este libro casi a manera de texto dramático. En el Primer Acto, los primeros capítulos introducen a la presentación de los personajes y se ofrecen los antecedentes de la dramaterapia y sus bases en los grandes estudiosos del teatro, con un interesante panorama de la locura y las nociones del acompañamiento terapéutico. En el Segundo Acto se presenta el conflicto: un panorama general sobre las enfermedades degenerativas y los antecedentes de prácticas terapéuticas auspiciadas por el INBA. En el Tercer Acto tiene lugar el desenlace, con algunos capítulos de exposiciones muy puntuales de trabajos con distintas

comunidades: personas con síndrome de Down, autismo, adultos mayores y demencia senil.

En el primer capítulo, “Recopilación de experiencias del trabajo terapéutico basado en herramientas teatrales”, Ireli Vázquez se ocupa del potencial sanador del teatro y de los procesos terapéuticos, y hace un listado de las herramientas: el texto, la improvisación y el juego, el cuerpo, el grupo, los objetos, la verbalización, la representación, la participación y la ritualidad.

La autora continúa llevándonos en un viaje por los grandes teóricos del teatro y sus aportes a la dramaterapia: Stanislavski, Artaud y Brook, entre otros. Presenta un gran abanico de las herramientas y las aportaciones de estos teatristas a la terapia, que completado con la gran cantidad de estilos y procesos dramaterapéuticos, sería algo así como una buena “carta” con la que cada facilitador podría crear su propio “menú”.

En el segundo capítulo, “Concepciones en el estudio de la locura, nociones del acompañamiento terapéutico, y convivencia entre las prácticas artísticas y la psiquiatría”, Gabriel Yépez logra sintetizar la historia de la locura en Europa. El autor narra cómo los enfermos mentales han sido vistos, tratados, auxiliados, repudiados, exiliados y confundidos. Este recuento es doloroso y triste, pero nos hace reflexionar sobre el lugar que ha ocupado la enfermedad mental en la sociedad y las bases sobre las que se asienta la noción. Nos remonta al origen de la locura entre los leprosos y el legado de aislamiento que de ellos hereda. Nos muestra cómo tanto la moral como la medicina se adjudican la responsabilidad de la locura. Basado en textos de Foucault, presenta también el lado luminoso de la locura y la fascinación que provoca en artistas y poetas, así como la concepción de la “nada”. Nos refiere cómo desde la Alta Edad Media y hasta el siglo XIX, la locura ha transitado fuera de los marcos jurídicos y fue gracias al positivismo que las enfermedades mentales llegaron a ser vistas desde una perspectiva humanitaria y científica.

Yépez ofrece un panorama histórico de las concepciones sobre la locura en México, sin dejar de mencionar el hecho de que para los indígenas prehispánicos estas enfermedades eran nombradas “enfermedades del corazón”, y remite a investigaciones que se están llevando a cabo al respecto. Aquí empezamos a adivinar los orígenes de la intervención del teatro en los proyectos de manicomio moderno que se instalaron en nuestro país entre 1885 y 1910, con las técnicas de hipnotismo, herbolaria mexicana y musicoterapia. En esta época también están registrados títulos, tesis

y artículos de autores mexicanos, y traducciones de autores extranjeros, algunos sobre medicina legal, que nos dejan ver el desarrollo del estudio de las enfermedades mentales en nuestro país. El autor aborda el emblema porfiriano de aquella institución dedicada a la locura: el manicomio de “La Castañeda”, proyecto fallido desde su nacimiento en 1910 hasta su demolición en 1968.

Un último apartado lo dedica Yépez a revisar las prácticas artísticas puestas al servicio de las enfermedades mentales, de las cuales la que más desarrollo ha tenido en nuestro país es la musicoterapia, con mejor cabida en lo científico por su facilidad de registro y medición. Menciona también al psicodrama de Moreno y al Teatro del Oprimido de Boal. Hace hincapié en la importancia de la función que tienen las familias en la contextualización del estado de los enfermos mentales. Menciona los trabajos que dentro de estos lineamientos se han realizado en países como Argentina, Chile y España. Por último, Yépez critica la falta de apoyo institucional para la creación de estudios de posgrado que aborden el campo de la arteterapia.

En el capítulo tres, “Panorama general sobre las enfermedades degenerativas, trastornos y discapacidades mentales, y sus procesos terapéuticos”, se retoman una serie de conferencias dictadas en el Ciclo Terapia Teatral realizado por el CITRU en el Cenart en marzo de 2011. Con su larga experiencia en el ramo, Soledad Carina Vélez nos introduce magistralmente en el mundo de las enfermedades mentales. En primer lugar, presenta clasificaciones de éstas apoyándose en los materiales de Emil Kraepelin y Eugen Bleuler; continúa con la muestra del cuadro *Esquizofrenia y trastornos esquizoides* del libro *Clasificación Estadística Internacional de Enfermedades y Problemas Relacionados con la Salud* (llama la atención que no utilice el Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales –DSM-IV–, que es el más utilizado en el mundo psiquiátrico y psicoanalítico). La autora cierra su artículo explicando cómo la terapia a través del arte dramático puede atender problemáticas de demencia y trastornos afectivos.

Es Socorro Merlín, guerrera incansable del teatro, quien en el capítulo cuatro, “Antecedentes de prácticas terapéuticas con recursos teatrales en el Instituto Nacional de Bellas Artes”, ofrece los antecedentes de la terapia artística para después presentar brevemente las investigaciones que ella comandó: “Teatro para niños y niñas de educación especial con diferentes síndromes”. Durante siete años desarrolló un proyecto que con-

sistía en investigar el lenguaje de los niños, sus capacidades motoras y cognitivas, y sus curvas de atención, para volcar estas investigaciones en la creación de los espectáculos (“La Caja 1 y 2”, “La visita” y “Los días de la semana”). La participación del teatro en el aula, con actividades de aprendizaje basadas en los espectáculos presentados, potenciaba la capacidad de atención de estos niños y transformaba sus conductas. Como resultado de esta experiencia se publica *Teatro para la educación especial en el INBA*.

Este proyecto dio paso a una investigación basada en Piaget con bebés de cuatro meses a cuatro años de edad con la finalidad de obtener una guía didáctica de actividades para el desarrollo de la educación teatral de lactantes y maternas. Otro proyecto consistente en un taller de teatro con enfermos mentales adolescentes muy deteriorados intitulado “La expresión del adolescente enfermo mental hacia el teatro y la comunicación”, logró entre otras cosas obtener un reconocimiento personal y la distensión y movilidad corporal, orientación espacial y resignificación del movimiento de los participantes. El último proyecto, “Del teatro interior de los esquizofrénicos hacia el teatro exterior y la comunicación”, partió de trabajar con los enfermos como verdaderos actores, cuidando de no usar textos de gran despliegue imaginativo. A partir de este trabajo se llegó a montar la obra *Taller de Ciencias Sociales*. La Dra. Merlín finaliza su exposición lamentando que estos proyectos no pudieran tener continuidad por falta de apoyo de todo tipo, dadas las políticas culturales de nuestro país.

En el capítulo cinco, “*El hilo invisible*. En busca de metodologías para la creación teatral con personas con discapacidad mental: síndrome de Down y autismo”, Edgar Maldonado Colis narra su experiencia con Encontrarte, una pequeña escuela de chicos con discapacidad mental con diferentes perfiles, entre los 15 y los 40 años. Ésta es otra experiencia en la que los enfermos son tratados como actores regulares. El autor comparte una serie de ejercicios que le llevaron a la creación de la obra *El hilo invisible*, los cuales giraban alrededor de relaciones interpersonales, y señala que el proyecto se vio favorecido por el hecho de no hacer distinciones entre la gente “normal” y la “discapacitada”. La obra tuvo varias temporadas para un público regular, y pretendía que los participantes vieran el teatro como fuente de trabajo, independencia y autosuficiencia; pero la sobreprotección o el abandono por parte de las familias de los enfermos involucrados fueron un obstáculo para continuar el trabajo. El resultado final fue que “todos los que intervenimos en este trabajo salimos muy be-

neficiados del corazón” (125).

María de los Ángeles Hernández, en el capítulo seis, “Métodos de creación teatral con personas con discapacidad mental: síndrome de Down y autismo”, habla del trabajo que desde diferentes trincheras como responsable del Diplomado en Terapia de Arte de la UNAM (entre otras), ha realizado siguiendo ciertas teorías reichianas como la terapia corporal y la acción creativa. El capítulo subraya la necesidad de que más artistas comiencen a formarse en terapia, ya que el camino inverso, sostiene, es un poco más arduo. Finalmente, desde una interpretación del trabajo de Jung, habla de los alcances del arte y de cómo incluye en su trabajo técnicas de drama, danza, artes plásticas y cine. Partiendo de un panorama general de las enfermedades de Down y el autismo, el capítulo termina identificando las capacidades que pueden llegar a desarrollarse en ambas mediante un trabajo de arteterapia.

La Mtra. Hernández continúa en el séptimo capítulo: “Marco teórico sobre el teatro como terapia y el proceso de simbolización”, con una exposición muy interesante del método junguiano de la interpretación del arte con el que ella trabaja. Repasa brevemente la teoría del símbolo, la diferencia entre símbolo y signo, el inconsciente colectivo, los arquetipos, la sombra, etcétera, y liga todo esto con el tema de la tercera edad. Explica por qué es de suma importancia utilizar el arte y el análisis junguiano para ayudar a los ancianos a cobrar conciencia en el momento final de su vida, y tomar la responsabilidad de sus propias enfermedades.

En el octavo capítulo, “El teatro con adultos mayores y la compañía El Amate”, Alberto Domínguez y Evangelina Lomelí exponen su trabajo con la compañía El Amate de teatro para adultos mayores. Después de una serie de testimonios conmovedores por parte de los involucrados sobre cómo la pertenencia a este proyecto ha afectado sus vidas, nos adentramos en este admirable proyecto y la manera en que fue estructurado. Conocemos también cómo los autores se preocuparon por el aspecto de investigación previa para respetar los deseos, necesidades y vulnerabilidad del grupo de adultos mayores con que se llevó a cabo. En este apartado nos topamos con una loa que Evangelina Lomelí hace sobre la memoria, el olvido, la eternidad, la trascendencia, la espera: en suma, la realización por medio del teatro. Son emotivas sus palabras sobre la mujer y su destino para acabar en *La sala de espera*, obra presentada en diferentes foros y ante diferentes audiencias que lleva como tema general la vulnerabilidad de los adultos mayores. La autora hace una descripción

del proceso que ha llevado la obra a lo largo de sus dos años de existencia y de cómo ha afectado positivamente la vida de quienes forman parte de este proyecto.

Jorge Fernando Nieves, en el noveno capítulo, “Teatro sin memoria: pacientes con demencia senil, en lo particular Alzheimer (I)”, expone un análisis del destino de los adultos mayores en México: su salud, su productividad y la cantidad de necesidades que quedan sin cubrir para que tengan una verdadera “calidad de vida”. Es una intervención que nos lleva a vislumbrar el catastrófico destino de la humanidad, porque a fin de cuentas, ¿quién escapa al paso del tiempo?

En el capítulo diez, “Teatro sin memoria: pacientes con demencia senil, en lo particular Alzheimer (II)”, que continúa la temática del anterior, Ireli Vázquez concluye la antología con la exposición de la metodología que ella emplea en el laboratorio de teatro y danzaterapia en el centro diurno Alzheimer Tre Fontane, de Roma, Italia. Plantea la manera en que usó técnicas corporales con un grupo de ancianos con Alzheimer para estimular sus procesos cognitivos vigentes. Es muy interesante ver la creatividad con la que se buscaron soluciones para apuntalar dicha estimulación por medio de personas haciendo las veces de “operador” y “receptor” con los enfermos. Es una lástima que los lectores nos perdamos todo el material gráfico presentado en estas charlas, como los videos de este trabajo que se mencionan.

La ronda de preguntas y respuestas de esta sección siembra una preocupación por el destino de la “vejez” en México, en donde los ancianos siguen siendo abandonados pese a que el abandono de ancianos es un delito. A esta preocupación se suma la carencia de especialidades dedicadas a solventar los problemas que en este libro se plantean al interior de las instituciones públicas de posgrado.

En suma, el libro *Terapeia teatral* es un original compendio de estudios inéditos cuya lectura motivará sin duda a terapeutas y profesionales de la salud mental a indagar sobre la importancia y efectividad de las herramientas y técnicas aquí presentadas. Asimismo, estos estudios pueden despertar el interés de aquellos teatristas que buscan otros espacios para su trabajo y que desean dirigirse a otros públicos para cumplir funciones de tipo social, comunitario, educativo y de salud. Los trabajos aquí presentados son una clara muestra de que el teatro puede derribar las fronteras entre las ciencias, unirse a otros saberes y confabular por el bien de la humanidad.